

Muchos años después... Dumas regresa

José Ignacio Gracia Noriega

1 febrero, 2009

EL CABALLERO HECTOR DE SAINTE-HERMINE

Alexandre Dumas

Emecé, Barcelona 1.058 pp. 29,50 €

Trad. de Javier Albiñana

EL VIZCONDE DE BRAGELONNE

Alexandre Dumas

Edhasa, Barcelona 933 y 940 pp. 30 y 60 €

Trad. de Carlos Pujol y Gregorio Cantera

LOS TRES MOSQUETEROS / VEINTE AÑOS DESPUÉS

Alexandre Dumas

Cátedra, Madrid 1.440 40 €

Trad. de Javier La Orden

Muchos años después, más de veinte y de diez más, Alexandre Dumas padre regresa como si no hubieran pasado los años por él, como si en los años veinte del pasado siglo Julio Camba (por citar un testimonio entre los muchos que podrían aportarse) no hubiera escrito «desaparecida ya del mundo la Casa Dumas», y lo hace no sólo con brillantez y grandes formatos, sino con una novela inédita y reediciones de las clásicas, cosas que pocos autores vivos seguramente pueden permitirse. El que fue rey sin corona de la «histoire romancée», vuelve a serlo en una época en la que los autores vivos tienen pocas novedades que aportar y andan por lo general de capa caída: desde que los santones del *nouveau roman* arrojaron la toalla y Marguerite Duras se dedicó a escribir novelas de amor y Robbe-Grillet a abordar la novela policíaca «como Dios manda», volvió sin duda el tiempo de los narradores, de los que cuentan historias sólo por contarlas. No me refiero, claro es, a las recreaciones de «cuentos policiales» en las que incurren los «brillantes autores» de hace treinta y tantos años, desde Muñoz Molina a Guelbenzu, por no mencionar al primero de ellos y tal vez el mejor, Eduardo Mendoza. Después de que los autores del «realismo social» le entraran a saco a Faulkner por los años cincuenta del pasado siglo, y los mismos, reconvertidos en «realistas mágicos» con el refuerzo de muchos cosmopolitas de tarjeta postal, a Borges, los socialdemócratas del triunfo de los «tiempos nuevos» se refugiaron en el cuento policial, acaso por no tener cosas mejor que contar, mientras un autor de éxito, Arturo Pérez Reverte, recurría a Dumas. Y esto es lo extraño: mientras reverdecían los

grandes narradores del mar y de la aventura, como Melville, Stevenson, Conrad o Kipling (de quien Acantilado acaba de sacar una estupenda edición de sus *Relatos*), pocos de los nuestros se aventuraban por los infinitos caminos del mar, y entre estos recuerdo *Sotavento*, de Luis Berenguer, y la excelente *La perla de Oriente*, de Jorge Ordaz, en las que son evidentes las influencias de Conrad y Baroja.

Mas no parecía que Dumas fuera a recuperarse, ya que los caminos de la aventura iban en otras direcciones, hacia el mar y hacia Conrad, como ya se ha dicho. Pero lo cierto es que Dumas escribió también una novela de mar, *Las aventuras de John Davys*, que de momento no se recupera. A este respecto, recordemos que Charles Sainte-Beuve señala, a propósito de Sue, la influencia sobre el público francés de *El piloto* y *El corsario rojo*, de James Fenimore Cooper, y aunque no lo cite, *El pirata*, de Walter Scott. Debido a estas influencias, tanto sobre el autor como sobre el público, Sue fue «el primero que se ha arriesgado a llevar la novela francesa a pleno océano, el primero que ha descubierto el Mediterráneo en la literatura».

Dumas padre (a partir de ahora se entenderá que nos estamos refiriendo a Dumas padre) es más de tierra adentro, entrando a saco en la historia de Francia con el propósito confesado de intentar para su patria lo que «Walter Scott había hecho para Escocia». Y ya se sabe que Francia no fue una potencia marítima, cuando menos en la misma medida que Inglaterra. En lo demás, Dumas recorre la historia de Francia desde el siglo XIV (*Le bâtard de Mauléon*, desarrollada durante las correrías de Du Guesclin) hasta su propia época. Su galería de personajes es, por tanto, imponente, independientemente de que alguna vez se olvide de alguno al que ha matado y más tarde, cientos de páginas después, lo resucite. Como escribe Willi Hirdt, «si aceptamos a Dumas *père* pese a (o quizás a causa de) su estilo simpático y superficial, desaliñado y exuberante, no podremos por menos de atestiguarle el intento de haber escrito una “comédie humaine” desde una perspectiva diacrónica». Siempre y cuando se tenga en cuenta, claro, que sería disparatado acudir a las novelas de Dumas en busca de información sobre la historia de Francia. Si sus novelas se califican de «históricas» es porque la historia se utiliza como pretexto o como marco, y a ello se debe el fundamento de su éxito. «Si esta admiración está dirigida a una acción narrativa surgida de la desbocada fantasía del autor y que da alas a la de sus lectores, y para la que la historia es simplemente el marco que suministra una atmósfera convincente y un colorido local sugestivo, la validez de lo dicho anteriormente puede extenderse sin escrúpulo a todas las novelas de Dumas –escribe Hirdt–. Esto no significa un reproche de premeditada falsificación, sino la absoluta primacía de la ficción frente a la historia, que representa una especie de cantera de la que Dumas extrae los bloques más espléndidos para trabajarlos luego a su gusto con desenfado creador».

A la primacía de la ficción sobre la historia se debe el duradero éxito de Dumas y su actual resurrección. De sus grandes novelas, *Los tres mosqueteros* y *El conde de Montecristo* son las más populares. Digo *Los tres mosqueteros* y no *Veinte años después* y *El vizconde de Bragelonne* o *Diez años más tarde*, porque el público se empieza a cansar cuando un asunto se alarga demasiado. De manera que han sido numerosos los lectores de *Los tres mosqueteros*, algunos menos los de *Veinte años después* y bastantes menos los de *El vizconde de Bragelonne*. De ahí que representa un acierto

reunir las dos primeras novelas de la serie en un solo volumen de la prestigiosa Biblioteca Avrea de Cátedra, en la que comparten catálogo con los *Ensayos completos* de Montaigne, las *Obras completas* de Espronceda, las *Obras* de Flaubert y el *Teatro completo* de Brecht. La cuidada y magnífica edición que incluye las ilustraciones de Maurice Leloir y Robert de la Nézière, tal vez oculte, innecesariamente, que Dumas es un autor popular que de ningún modo desmerece por figurar en otras colecciones más asequibles o con menos aparato. La introducción y las notas (impecables) son de Javier La Orden Trimollet, y se añaden al aparato crítico y erudito un cuadro genealógico de las casas reales de Francia, España e Inglaterra, una bibliografía mínima y una filmografía de las versiones cinematográficas de las aventuras de D'Artagnan y sus compañeros, desde *Los mosqueteros de la reina*, de Georges Méliès, en 1903, hasta *El mosquetero*, de Peter Hyams (2001), o los dibujos animados de la factoría Walt Disney, realizados por Donovan Cook en 2004. Naturalmente, la mejor de tantas versiones es la de George Sidney (1948), en la que Lana Turner es la Milady más perversa, June Allyson la Constanza más inocente, Van Heflin el Athos más desolado, Keenan Wynn el Planchet más sanchopancesco y Vicent Price el mejor Richelieu posible; y Gene Kelly, un bailarín reconvertido en espadachín, es un D'Artagnan tan bueno que nos permite olvidar que no es Errol Flynn.

También Edhasa, que publica *El vizconde de Bragelonne* en dos sólidos y gruesos volúmenes, ha reunido previamente, *Los tres mosqueteros* y *Veinte años después* en uno solo. En esta ocasión, sin aparato crítico, ni siquiera prólogo, y con los grabados de la primera edición ilustrada. Con aquella novela se cierra la trilogía, pero da paso a un motivo narrativo (y cinematográfico) no menos fascinante: el del prisionero de la máscara de hierro. Han transcurrido treinta años desde que el joven palurdo D'Artagnan llega a la corte de Francia: ya no rige sus destinos Richelieu, sino otro cardenal, Mazarino, lo que es restarle mucho atractivo a la categoría del «malo». Pero con treinta años más sobre sus espaldas, D'Artagnan convertido en capitán de los mosqueteros, regresa a Inglaterra, no a recuperar un collar, sino a reponer en el trono a Carlos II, y en consecuencia a sustituir la sombría república de Cromwell por una corte frívola y fastuosa. Como es natural, Dumas se pone de parte de la restauración. Los demás mosqueteros se han bandeado cada uno a su modo: el forzado, vitalista y bruto Porthos procura ascender en la escala social; el fino y enamorado Aramis es ahora ni más ni menos que el general de los jesuitas, orden que se presenta sin disimulo como una masonería de individuos sinuosos que visten de negro, y Athos sigue teniendo problemas familiares, en esta ocasión debido a que su hijo Raoul, el vizconde de Bragelonne, se enamora de la bellísima Louise de la Vallière, de la que también anda enamorado el joven Luis XIV. Ya están puestos en marcha, por tanto, todos los ingredientes de una historia vibrante y entretenida; y como estas aventuras de los cuatro mosqueteros son menos conocidas que las que figuran en sus novelas anteriores, muchos lectores interesados o nostálgicos volverán a leer *El vizconde de Bragelonne* como si lo leyeran por primera vez.

Y leerán por primera vez las aventuras de *El caballero Hector de Sainte-Hermine*, que se publican en español después de su primera edición francesa en 2005. En nota previa del editor francés, leemos: «Proclamar a los cuatro vientos “¡Acaba de aparecer una novela inédita de Dumas!” no es, evidentemente, soltar un bombazo. El “Grand Alexandre”, que fue el hombre más derrochador de su

época –derrochador tanto de su energía creadora como de su dinero–, tenía que satisfacer demasiadas necesidades terrenas como para no verse obligado a suministrar a cada momento los textos de circunstancias que no dejaban de suministrar de su legendaria generosidad: impresiones de viajes, recuerdos literarios, conferencias o artículos ocasionales sobre los temas más diversos, recetas de cocina... No todos esos escritos, con frecuencia menores y repartidos en las columnas de diversas gacetas, han sido recogidos en un volumen, ni mucho menos; muchos de ellos (todavía siguen descubriéndose) continúan, actualmente, sin ser localizados».

Pero que aparezca una extensa novela inédita, «cuya existencia no se sospechaba», es otra cuestión muy diferente, y más si la novela cuenta con más de mil páginas, aunque esté sin terminar. Dumas era una fuerza de la naturaleza, equiparable, entre nosotros, a un Lope de Vega o a un Menéndez Pelayo, dos escritores muy distintos, pero que tienen en común obras de una amplitud casi inconcebible, o, entre sus compatriotas, a Honoré de Balzac, aunque es fama que componía su vasta e ilimitada producción con el auxilio de «negros», amanuenses y demás colaboradores, como Gaillardet, que le proporcionó el asunto de *La torre de Nesle*, y acabó enfrentándose a él en un duelo a pistola por una discusión sobre derechos de autor, o el colaborador habitual Auguste Maquet, de quien Théodore de Banville dijo que Dumas era «el pachá de innumerables Maquets». A estos colaboradores les debe Dumas la continuidad de sus historias, y también que algún personaje muerto en la página veintitantas reaparezca, como ya se ha apuntado, de la manera más natural y sin dar explicaciones en el capítulo ciento y pico. No obstante la mala fama de servirse de otros, las novelas de Dumas poseen el sello inconfundible de su autor, tanto en el ritmo como en la caracterización de los personajes, los cuales, pese a que pasan por incontables aventuras, viajes, encierros, desventuras y peripecias diversas, no suelen cambiar de forma de ser y comportarse, así que pasen veinte o diez años más, y Edmund Dantès, el protagonista de *El conde de Montecristo*, tampoco cambia con el cambio del tiempo. Una injusticia terrible lo convierte en un personaje obsesionado por la venganza, pero no por ello deja de ser bondadoso, como también lo es Jean Valjean, el protagonista de *Los miserables*, de Victor Hugo. Los personajes de Dumas, en definitiva, se mueven con mucha desenvoltura por París, por Inglaterra, por la Edad Media y por la edad contemporánea, y si hiciera falta, por la India, los mares malayos o las islas Canarias, como el caballero Hector de Sainte-Hermine, aunque no siempre dan la impresión de que se mueven por sí mismos, sino de que los mueve Dumas. Éste empezó su carrera de novelista siguiendo, como era habitual en su tiempo, a Walter Scott, a quien consideraba «admirable en la pintura de las costumbres, los atavíos y los caracteres», pero «inhábil en la descripción adecuada de las pasiones humanas». Dumas, por razones comprensibles, la principal la rapidez con que debía elaborar sus novelas, no se detenía en la pormenorización de las costumbres de otras épocas, por lo que se respira un aire parecido, ocurran en el siglo XVI (*La reina Margot*), el XVII (la serie de *Los tres mosqueteros*), el XVIII (*Joseph Balsamo*) o el XIX, como *El conde de Montecristo*, *Los mohicanos de París* o *El caballero Hector de Sainte-Hermine*, ni en los muebles y vestimentas; de hecho, tampoco el editor español de la que comentamos, ya que la fotografía que ilustra la portada parece representar a un florentino reflexivo y atento con su daga más que a un contemporáneo del general Bonaparte, más tarde Napoleón. Dumas le presta mayor importancia a la acción que a la descripción, y a la ficción que a la historia, como ya se ha apuntado. La historia está también muy presente en esta novela, en la que, con el mayor

desparpajo, alternan los personajes históricos (Fouché, el duque de Enghien o Chateaubriand) con los personajes habituales de las novelas de aventuras con trasfondo histórico, pues las andanzas de Sainte-Hermine por cuatro continentes y dos océanos le permiten asistir no sólo a numerosos acontecimientos históricos: el ascenso de Bonaparte, la liquidación de la revolución, las maniobras de Fouché, el fusilamiento del duque de Enghien, el regreso de Chateaubriand de América, la batalla de Trafalgar –en la que se contempla cara a cara al mismísimo almirante Nelson–, sino que incluso se retrocede a la vía Apia cincuenta años antes de Jesucristo, en la que «primero, en cabeza aparecían los jinetes montados en caballos nómadas, antepasados de los que nuestros aristócratas montan en la actualidad; aquellos jinetes sin silla y sin espuelas portaban gualdrapas de oro o jireles de piel de tigre; algunos se detendrán para ver desfilarse el cortejo, otros continuarán el paseo al paso, y éstos tienen delante de ellos a corredores con túnicas cortas, calzado ligero y manto envuelto en el hombro izquierdo, con los flancos ceñidos por un cinturón de cuero que aprietan y aflojan a su antojo, según el paso que se ven obligados a llevar sea más o menos rápido; otros, en fin, como si disputaran el premio en la carrera, salvarán en unos minutos toda la vía Apia, colocando a la cabeza de sus caballos magníficos molosos con collares de plata». Descripciones, en fin, vivas y coloristas, como si Dumas hubiera acabado de leer la *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, de Edward Gibbon, y que nos dan una ligera idea de lo que va a encontrar el lector que se introduzca en estas desmesuradas páginas en las que hay de todo: desde colegas de Sandokan a desfiles a la manera de los de *Quo vadis?*, como el párrafo que acabamos de transcribir.

La primera página es muy representativa del genio expeditivo de Dumas. Sin más preámbulo, el primer cónsul Bonaparte le confía a su secretario Bourienne: «Henos aquí en las Tullerías; habrá que intentar quedarse». Con lo que ahorra varias páginas para caracterizar la ambición de Bonaparte. Quedarse para siempre en la poltrona es la aspiración de todo político, antiguo o moderno, autoritario o democrático; lo que ocurre es que no todos encuentran a un Dumas para que lo diga por ellos. Y en la media página que sigue se hace el repaso de lo que ocurrió en Francia entre el 30 pluvioso del año VIII (19 de marzo de 1800) y la paz de Luneville, firmada el 9 de febrero de 1801. Así que imaginen lo que Dumas es capaz de contar a lo largo de las más de mil páginas que van a continuación, sin que la sucesión de acontecimientos se interrumpa.

¿Es prudente acometer la lectura de una novela de estas características, empresa casi tan titánica como haberla escrito? El lector medirá su entusiasmo y sus fuerzas. El comentarista advierte que las zonas históricas resultan más interesantes que las de simple ficción, en las que a veces el relato se estanca, como cuando en una buena novela de aventuras aparece una mujer. Pero quien sea aficionado a la manera de contar rápida y eficaz, sin mayores complicaciones, a la multitud de escenarios y personajes, a la narración por la narración, a la gran novela de aventuras, en una palabra, tiene el entretenimiento asegurado.